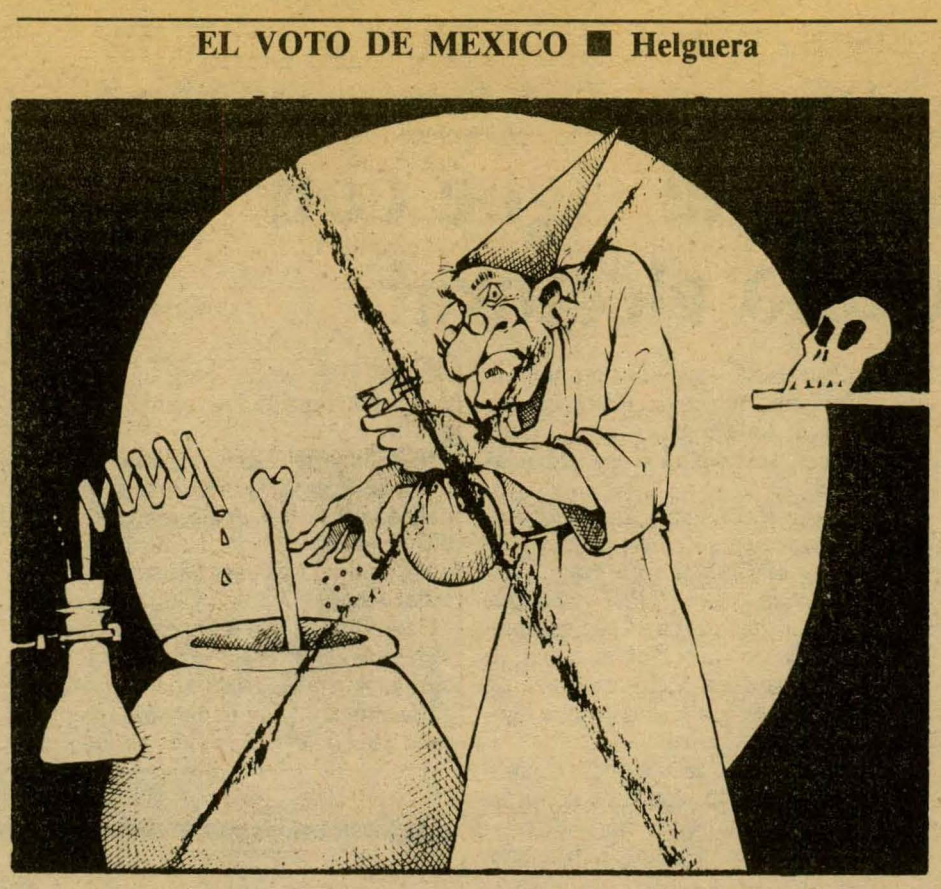
EL VOTO DE MEXICO ■ Helguera



Es usual en todo sistema de elecciones ante la falta de cifras inmediatas y perspectivas semejantes de triunfo, que diversos candidatos proclamen el suyo. Tal práctica no debiera desconcertar cuando existen medios legales para determinar la verdad.

El cómputo de los votos, hoy, tendría que ser la respuesta inequívoca a la gran interrogante nacional, que se plantea por primera vez en muchos años, pues durante décadas nos habituamos a la rutinaria presunción, confirmada más tarde, de la victoria priísta. Pero sobre el trabajo electoral de hoy se ciernen sombras que nacen de la oscuridad del tradicionalismo priísta, renuente a las derrotas. Tal vez por ello sonaba más a advertencia interna el discurso de Salinas pronunciado el jueves: más que proclamación triunfal era pintar su raya puntualizando que los avances de la oposición merecerán respeto. Ello, sin embargo, implicaba la seguridad de su propia victoria: ¿estaría en disposición semejante si también esa estuviera en juego, indecisa hasta que hoy hablen las actas como el miércoles hablaron los votantes?

En el filo de la navaja el país, hoy se realizará el cómputo de los votos en cada uno de los trescientos comités distritales, cuyas cifras figurarán con precisión el perfil del nuevo país que ya somos. Si se impone el maximalismo de los partidos, la paz social quedará en riesgo, especialmente si el tradicionalismo priísta insiste en actuar como si el 6 de julio no hubiera partido en dos la historia de este medio siglo. Si con apertura política y respeto a la ley los votos son contados con pulcritud, habremos dado el gran salto adelante, cualquiera que sea el resultado.

En el juego y rejuego de las cifras, ocultas unas, manipuladas otras, insuficientes las más, manejadas con estupefacción o incredulidad colérica otras, algunas verdades van quedando de manifiesto. Todas requieren del aval de los datos numéricos que hoy arroje el cómputo, pero como se trata de un fenómeno circular, el modo en que en estas horas se realice esa crucial operación de recuento depende también de cómo se asuma, en cada partido, en el gobierno y en la sociedad, la nueva realidad política que surgió el miércoles anterior.

Una primera verdad es que los votantes acudieron en gran número a las urnas. Se trata aún de sólo una impresión, pero siendo generalizada es útil para afirmar que con esa actitud la ciudadanía mostró una gran madurez, una percepción correcta de la pertinencia de buscar cambios por vías pacíficas y una adecuada caracterización del sufragio como instrumento cívico múltiple, que lo mismo sirve para indicar rumbos que para sancionar conductas reprobables.

Una segunda verdad, menos unívoca que la anterior pero igualmente irrefutable es que la oposición recibió la mayor votación jamás depositada en su favor, al punto de que el candidato presidencial priísta Carlos Salinas hubo de hacer la solemne declaratoria de clausura de una época, la del partido único, para ingresar en la era de las elecciones realmente competidas. Como una primera expresión de esa nueva realidad, el candidato presidencial triunfante acaso encabece sólo la minoría más grande.

De qué tamaño es el aluvión de votos oposicionistas, a qué partidos privilegia y cuál es su causa, son preguntas que sólo los resultados concebibles hoy permitirán responder. Pero algo, o mucho, de ello se sabe ya. Es probable que el PRI gane la elección presidencial fuera del Distrito Federal, y es seguro que aquí no obtuvo la victoria. El porcentaje en que se concrete ese triunfo dependerá de la capacidad de la oposición de cotejar sus propios números con los oficiales y de impedir que éstos sean alterados; dependerá también de la negociación que a todas luces está teniendo lugar dentro del partido gubernamental entre los *duros* que no pierden y cuando pierden arrebatan, y quienes aprecian, con sensatez, más la transparencia de los votos que su cantidad, partiendo de reconocer que el electorado no se volcó pletórico de entusiasmo a cruzar las papeletas priístas.

Esto último parece ser un hecho que sólo a riesgo de provocar un estallido puede revertirse, ocultarse, desviarse o torcerse. Todo se intentará hoy. Circula la peregrina tesis de que la alta votación cardenista en el Distrito Federal obedece a un mal conteo, pues se atribuyeron al candidato del FDN-PMS varios votos por boleta, cuando en ésta aparecían cruzados más de un emblema. Un error de esa naturaleza pudo, en efecto, haberse cometido en más de una oportunidad, debido a la novedosa complicación de que cuatro partidos sostienen una misma candidatura y muchos votantes resolvieron no mostrar su preferencia por alguno de ellos sino por Cárdenas mismo, para lo cual cruzaron los símbolos de todos. Pero si se admitiera que ese error se multiplicó al punto de alterar determinantemente el resultado electoral, se descalificaría de inmediato a los representantes de todos los partidos no cardenistas, incluidos por supuesto los del PRI, que frente a ese yerro se quedaron impávidos y no interpusieron ningún recurso de protesta. Hoy se buscará que esa hipótesis prospere, con riesgo de que se manipulen los votos y se adultere el resultado. El PRI debió haber desechado esa acción, si en verdad quiere hacer una contribución a la paz electoral, como en apariencia desestimó la descabellada proposición de demandar la nulidad de la elección capitalina entera alegando que los partidos cardenistas en realidad formaron una coalición que no cumplió las formalidades legales. A esas añagazas en curso o frustradas había que aplicarles el dictamen del propio líder nacional priísta: las elecciones se ganan en las urnas y no con presiones posteriores.

El cardenismo es el gran triunfador de este proceso, cualquiera que sea el resultado ofrecido por las computadoras hoy. Es probable que su triunfo sea más político que electoral, por que el voto dé mayor representación parlamentaria al PAN que a los partidos del FDN y al PMS. Pero por lo pronto, y hasta que los hechos determinen la suerte futura de ese gran agrupamiento, es una fuerza que servirá de apoyo a sus triunfos o de muro de contención frente a una política adversa a los principios que sostiene y por los cuales votó la gente que lo escogió.

La copiosa votación recibida por la oposición reflejó, en efecto, preferencias por el modelo de país que cada formación política propuso. Pese a la incipiente educación cívica general, es indudable que se votó en función de las ofertas de los partidos y la personalidad de los candidatos. Pero también se actuó ante las urnas respecto de los hechos consumados, es decir frente a la política puesta en práctica por los gobiernos recientes, el actual en particular. Los votantes por la oposición expresaron, al sufragar, su rechazo a una política económica que no suprimió las causas de la desigualdad social, tal vez nuestra peor dolencia, y al contrario las agravó al favorecer a un puñado de especuladores contra el esfuerzo del trabajo productivo, asalariado o empresarial. Los votantes rechazaron la corrupción, el uso arbitrario del poder, la deficiente gestión de los asuntos públicos. Los votantes, que con paciencia han soportado golpe tras golpe, presentaron ahora al gobierno la factura, en forma de votos por la oposición. Es una opción legítima la que han ejercido. Legítima y aun benévola pues en muchos terrenos la clase gobernante ha inferido agravios profundos a una república que hoy le puso un hasta aquí.

urante el mitin panista ■ Foto: **Fabrizio León**

Cuauhtémoc Cárdenas y Rosario Ibarra durante la conferencia de prensa ■ Foto: **Arturo Guerra**